Cumpleaños de Ian

Autor: Manolo Campa

El dos de febrero, día de la festividad de Nuestra Señora de la Candelaria, cumple años el séptimo de mis nietos… el único varón que lleva mi apellido. Por eso solo sería notable pero se distingue también por ser el más alto de mis descendientes. Estudia en una universidad de Nueva York, a más de mil millas de Miami para angustia de su abuela, mi mujer… y para preocupación de su abuelo conservador, el que esto escribe, es un centro de altos estudios reconocido como uno de los claustros más liberales de los Estados Unidos.

Como es natural y frecuente que hagamos los miembros de la Tercera Edad, yendo hacia atrás en la vida por la vía de los recuerdos, vuelvo a vivir los gratos sucesos del día en que nació y los comparto en esta crónica para amigos: Aquel pequeño personaje recién nacido, aunque había otros seis llegados al mundo antes que él, era el primer varón en llevar el nombre de mi familia. Esto lo revestía de una dignidad especial: Al ser el primer nieto, hijo de uno de mis hijos, garantizaba la continuidad de mi apellido.

Cuando caí en cuenta de esto, se lo dije ufano a mi suegra que me observó en silencio mientras recorría su amplio repertorio de frases burlonas. Al no encontrar nada de alto calibre para mofarse de mí, me espetó una sonora trompetilla.

Dejemos la suegra a un lado y comencemos el relato de lo que sucedió aquel día: Había terminado de desayunar aquel domingo dos de febrero, y recorría los titulares del periódico cuando mi hijo nos comunicó que estaba llevando a su esposa al hospital.

Con el aplomo y la calma del que ha vivido seis experiencias similares, seguí leyendo la prensa hasta que se me conminó a dejar la lectura. Mi mujer estaba ansiosa de llegar al dispensario donde el nuevo nieto haría su debut en el mundo.

Llegamos cuando el reloj daba doce campanadas anunciando el mediodía. Tomamos el ascensor y las puertas se abrieron en un salón donde estaban todas las hermanas del futuro padre con sus esposos, y los primos y primas también en la compañía de sus consortes. Mi hijo menor era el único soltero en aquella multitud de parientes jubilosos.

Por el bullicio y la alegría me pareció que había llegado al Mundo Mágico de Disney donde se esperaba la llegada de Dumbo, el elefantico capaz de volar, en vez de la cigüeña que traía de París (según versión de mis mayores) al nuevo vástago.

Dentro de aquel bullicio en inglés, la calma que nace de la experiencia y la dificultad para dialogar en un idioma que no domino, me mantuvieron callado. De pronto un alboroto me espabiló: Por el pasillo, mi hijo, vestido como se visten los que se disfrazan de médico en los carnavales, apareció sonriente. Se le notaba rozagante y feliz a pesar de los peliagudos momentos que acababa de vivir.

¡Fue niño, varón! Nos dijo eufórico… Lo felicitamos. Lo abrazamos. Le dimos palmaditas en la espalda los mayores y "high y low fives" los jóvenes. Le preguntamos a quien se parecía el niño, el tamaño de las orejitas, la nariz, los ojos, las manitas, los deditos de los pies, etcétera, etcétera… hasta que alguien preguntó por el estado de la recién parida que también tuvo que ver en el feliz alumbramiento.

Cuando pudimos pasar al cuarto donde se encontraba mi nuera, aproveché para preguntarle cómo se llamaría el crío. En la intimidad del pensamiento yo ocultaba la ilusión de que le llamasen Candelario Manuel porque al haber nacido en el día de la Candelaria le correspondía ese nombre… o Manuel Candelario para que se llamase así en mi honor, logrando una armoniosa combinación, dándole preferencia al españolísimo Manuel sobre el criollo Candelario.

Pero no… mi séptimo nieto se llama "Ian Michael"… ¡Vaya inesperada decisión… un descendiente de cubanos llevando un nombre irlandés y otro francés! La experiencia nos dice que en estos casos, los abuelos arreglamos estos inconvenientes utilizando apodos tales como: Macho, Papo, Campeón, Tarzán, el Bebo…

En el caso específico de Ian, un mote es aconsejable. He oído voces familiares llamándole "Ianito", que no resulta muy católico si en el diptongo inicial la primera vocal no se pronuncia con fuerza y claridad.

EN SERIO:

Hay hombres y mujeres para los que hacer el bien es sagrada misión. Convencidos de que el mal puede ser vencido por el bien, luchan hasta el agotamiento. Enamorados del plan de amor que Cristo trajo al mundo sueñan con hacer de nuestro planeta un lugar mejor para toda la humanidad.

Conscientes de ser hermanos de todos por ser hijos del mismo Padre, buscan y disfrutan la compañía de personas de diferentes nacionalidades. Sus afectos no tienen fronteras. Aman sin distinción de acentos o banderas.

Estos hombres y mujeres dejan a su paso una estela de amor, comprensión y fraternidad… "Creen más en la importancia de los puentes que en la división de las murallas".

Cuando una persona por amor a Cristo emplea sus talentos, su energía y su tiempo para extender el Reino de Dios por el mundo, se convierte en un cristiano realizado. Y esta actuación produce en el ser humano sentimientos de incalculable valor: ¡paz, tranquilidad, felicidad! Recuerda: "Descansa tranquilo en la noche el que emplea bien el día."